

# **El Desequilibrio Estratégico: Una Acción En Mutación**

Teniente Coronel Julio Arellano Gramunt, Ejército de Chile, y  
Teniente Coronel Humberto Oviedo Arriagada, Ejército de Chile



**D**ESDE la II Guerra Mundial, y especialmente durante las recientes Guerras del Golfo Pérsico y de Los Balcanes, así como en el actual conflicto bélico de Afganistán, se han visualizado nuevas tendencias en la aplicación del potencial bélico para la solución de los problemas estratégicos que imponen buscar una decisión militar mediante el uso de la fuerza. En ellas ha sido posible advertir el empleo de unidades y medios sofisticados de menor magnitud pero, a la vez, de una mayor efectividad, es decir, potenciando cualitativamente los instrumentos disponibles a través de una acabada y eficiente tecnología del material y equipo, lo que indudablemente ha redundado en un mejor entrenamiento para soldados y comandantes.<sup>1</sup> Esta tendencia ha sido la respuesta esperada a las experiencias obtenidas hasta la Guerra de las Malvinas, durante las cuales ya la concepción de empleo de estos medios, reducidas fuerzas y notable repercusión fue una realidad.

Chile tampoco ha escapado a esta tendencia, y en la mayor parte de las experiencias militares de entrenamiento ha surgido paulatinamente como factor, la necesidad de potenciar cualitativamente los medios disponibles, especialmente si recordamos la tan acostumbrada realidad de que *“nunca se es lo suficientemente fuerte en el lugar y momento de la decisión”*. Potencia, flexibilidad y versatilidad son hoy vocablos de uso común que dejan en evidencia el cambio en desarrollo. Más aún si tomamos en consideración las actuales amenazas emergentes, que se caracterizan por ser transnacionales y asimétricas, y porque provienen de grupos radicalizados más que de Estados, a lo cual se agregan las limitaciones propias del escenario y

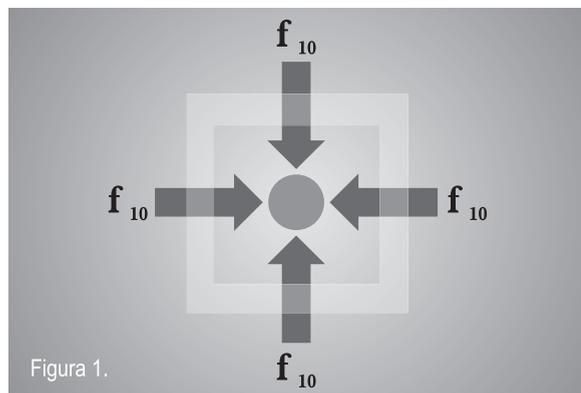
la necesidad de provocar o prevenir daños al menor costo posible.

Ello cobra especial importancia si tomamos en cuenta las operaciones bélicas que se han llevado a cabo en Afganistán, mediante las cuales las fuerzas aliadas, encabezadas por EE.UU., buscaron inicialmente crear las condiciones estratégicas necesarias para materializar la invasión militar posterior, a objeto de destruir el emporio terrorista islámico de Al-Qaeda, capturar a Osama bin Laden y la estructura de mando de su organización, así como producir un cambio de régimen político que impida a futuro que líderes integristas irracionales aterroricen a ciudadanos inocentes y afecten sus intereses en el todo el orbe, bajo una supuesta e infundada guerra santa.

Al respecto, e íntimamente relacionado con el tema a analizar, conviene destacar que hoy en día se dan dos fenómenos en el mundo que por sí solos dejan entrever un problema de mayúsculas consecuencias en un entorno de nuevas e impredecibles amenazas. Nos referimos a la asimetría del poder y a su más reciente ramificación: la paradoja de él.<sup>2</sup>

El primero se refiere a que Estados o grupos que aparentemente poseen muy poca potencialidad militar, pueden llevar a cabo acciones que provoquen considerables daños en otros países, como sucedió en el reciente atentado a las Torres Gemelas y al Pentágono en Nueva York. El segundo se relaciona con los límites de poder a que se enfrentan las grandes potencias, frente a acciones cometidas por pequeños grupos fuertemente armados y acuciosamente preparados, los cuales pueden, objetivamente, afectar sus intereses e integridad. Es decir, ni el poder más considerable de un Estado puede

escapar totalmente hoy, a los actos irracionales de los que hemos sido testigos, debido a la alta y fácil accesibilidad de tecnología sofisticada, la cual se encuentra disponible, casi libremente, en cualquier parte del mundo.



No es posible desconocer que los estadounidenses sienten un fundado temor y que sus más importantes símbolos de crecimiento, prosperidad, desarrollo y bienestar están amenazados. Tanto las fuerzas como las legaciones diplomáticas norteamericanas en el extranjero están en riesgo, y sus instalaciones atómicas temen por su integridad. Asimismo, el resto del mundo occidental siente miedo, como no lo había percibido desde hace ya varios años. Los atentados cometidos en Tanzania y Kenia en 1998 y al *USS Cole* en Yemen, en 2000, hablan por sí solos del peligro que ensombrece el escenario actual.

Los acontecimientos ocurridos el pasado 11 de septiembre remecieron la conciencia del mundo. El país más poderoso del orbe, el “*unipolar*”, fue atacado en el corazón de su sistema por un desdibujado y resuelto enemigo.<sup>3</sup> Sin duda que este hito vino a confirmar lo que algunos pensadores como Toffler ya habían señalado con anterioridad. Las definiciones tradicionales de las guerras han sido sobrepasadas; antes los Estados constituían los únicos actores y las acciones de fuerza militar eran justificables bajo estrictos códigos, hoy todo ello es diferente. Los actores pueden ser diversos, las acciones impensadas, variadas y asimétricas, y los códigos parecieran no existir.

En ese contexto, este artículo tiene por objeto analizar el concepto clásico del desequilibrio estratégico y visualizar los cambios que se han producido desde la II GM, especialmente en lo que se relaciona con las asimetrías y la paradoja del poder, abriendo también una vertiente de debate importante que nos permite centrar algunas de nuestras preocupaciones, tanto para precavernos de las amenazas que se ciernen hoy sobre el mundo, especialmente el terrorismo, como para

prepararnos a explotar sus singularidades a la hora de defender nuestros intereses.

## Análisis Clásico

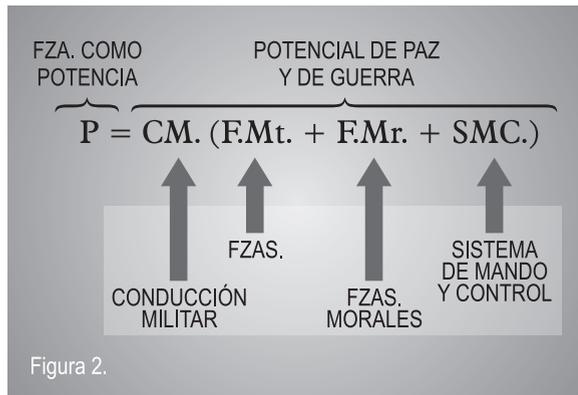
Para definir de manera acertada qué se entiende por desequilibrio, se ha estimado prudente iniciar su conceptualización mediante la definición de su antónimo, es decir, que es el equilibrio, por ser este el estado primario de un término que por sí solo refleja un efecto. Este concepto se define como “*la nula resultante de la suma vectorial de todas las fuerzas que sobre un cuerpo actúan, provocando que ambas fuerzas se anulen*”.<sup>4</sup>

Estas fuerzas, que implican voluntad, son analizadas en estrategia militar como el arte de la dialéctica (de esas voluntades)<sup>5</sup>, la cual se manifiesta a través del enfrentamiento dos o más adversarios a través de sus potenciales. En consecuencia, se puede decir que si estas fueran iguales como vector, el producto de su enfrentamiento sería nulo. En cambio, si una de ellas fuera superior, el producto vectorial dejaría tal condición, produciéndose así un desequilibrio. Asimismo, si consideramos que la fuerza como potencia son los medios disponibles en un momento y lugar determinado, que deriva de factores cualitativos y cuantitativos que expresan la capacidad o aptitud combativa de una organización, se concluye que el desequilibrio se produce como efecto de la preponderancia de una potencia sobre otra, cuando existen variaciones importantes de estos factores en cuanto a cantidad, calidad, lugar y oportunidad.

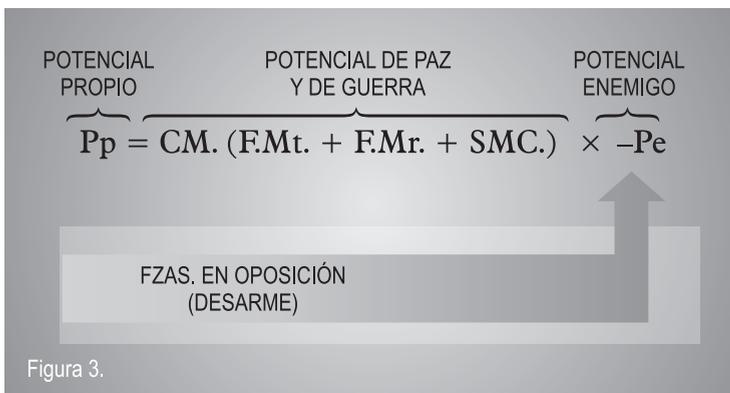
Por otra parte, la potencia es la capacidad de ejecutar una cosa o producir un efecto, dependiendo de las características de los instrumentos que la conforman y de su interacción con un elemento de mando y control que los interrelaciona, en función en una unidad de tiempo dada. Dicha función puede ser representada algebraicamente como una ecuación.<sup>6</sup>

A nivel de la estrategia total, el General André Beaufré propone la existencia de ella para definir el valor de las fuerzas materiales y morales en el ámbito de la estrategia directa,<sup>7</sup> las cuales no son otra cosa que la fuerza como potencia. En consecuencia, se puede decir que en el ámbito de la estrategia militar, también se da una ecuación que relaciona variables de fuerza. Ellas serían el potencial de paz, el potencial de guerra y, de acuerdo a la creciente evolución que ha experimentado el empleo de la fuerza, el sistema de mando y control.<sup>8</sup> Todos ellos, en función de la conducción, determinan el valor de una fuerza como potencia. Dicha ecuación tendría la estructura como mostrada en la Figura 2 en la siguiente página.

**La Conducción Militar** constituye el elemento esencial de la ecuación, ya que activa la función,



validando efectivamente la potencia de las demás variables, de acuerdo al escenario, al objetivo que se persigue y a los principios de la conducción. Constituye, además, un elemento subjetivo por excelencia y es el fundamento sobre el cual se sustenta mayoritariamente la derrota o la victoria, de allí que la conducción militar sea a la vez arte y ciencia.



**Las Fuerzas Materiales**, por su parte, son el factor cuantitativo de la ecuación, es cantidad de tropa, armamento, tanques, artillería, aviones, buques etc., los cuales son susceptibles de potenciar cuando la conducción militar hace buen empleo de las fuerzas morales y cuenta con un buen sistema de mando y control.

**Las Fuerzas Morales** son la variable cualitativa de la enunciada fórmula. Constituyen su valor subjetivo y están dadas, fundamentalmente, por la instrucción, el entrenamiento, la cohesión y, en general, por todos aquellos elementos intangibles que conforman la estructura conceptual del poder militar.

**El Sistema de Mando y Control**, finalmente, es la variable que relaciona de manera jerarquizada y funcional a las fuerzas, permitiendo que la conducción militar coordine su empleo en tiempo y espacio para el logro del objetivo impuesto.

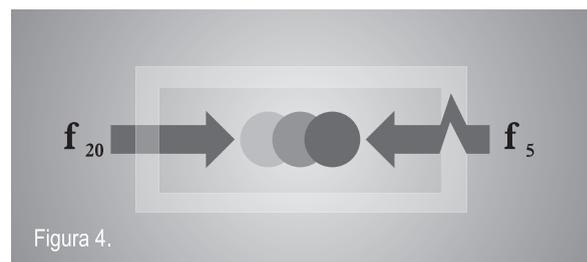
Si bien los autores clásicos y contemporáneos no

han tratado detalladamente el desequilibrio a nivel de la conducción estratégica, la lectura de sus obras nos permite advertir que este concepto posee trascendental importancia. Por ejemplo, Karl von Clausewitz señalaba que *“el objetivo de empleo de la fuerza es imponer la voluntad sobre el enemigo, para lo cual se le debe desarmar, cual es el propósito específico de la acción militar”*.<sup>9</sup> Este desarme es, entonces, el que produce cambios en la correlación de potenciales, ya que la voluntad no es otra cosa que la potencia como un todo que, al tratar de imponerse, exige romper la situación de equilibrio imperante

Dentro de esta misma línea, el General André Beaufré afirmaba que *“la dialéctica de las voluntades provoca la oposición de dos juegos asimétricos, en el que cada uno trata de alcanzar el punto decisivo del otro, mediante una preparación tendente a asustar, a paralizar y a sorprender”*<sup>10</sup> Concordando con él, el enfrentamiento de las fuerzas como potencias es lo que determina dicho juego asimétrico, en que el punto decisivo del oponente está marcado por la dislocación de su dispositivo mediante el empleo de las fuerzas morales y físicas, a partir del cual se inicia, de manera normalmente creciente —si existe una adecuada explotación del éxito— la variación en la correlación de potenciales en beneficio de la voluntad preponderante, manifestándose así un desequilibrio de tipo estratégico:

Autores contemporáneos como Alvin y Heidi Toffler, al analizar las experiencias de la Guerra del Golfo Pérsico, han expresado que *“el conjunto de las acciones desarrolladas buscaban destruir los comandos del enemigo, interferir las comunicaciones en cadena, tomar la iniciativa, golpear fuerte, integrar operaciones de aire, tierra y mar, sincronizar operaciones combinadas y evitar ataques frontales contra los puntos fuertes del adversario”*.<sup>12</sup> Es decir, se disloca mediante el empleo de diversos métodos y medios y sobre variados objetivos, y el efecto buscado es el desequilibrio.

En su libro *Polemología Básica*, el General Bernardino Parada, al analizar el principio de la superioridad, expresa que *“el término se emplea en el sentido de*



que ella no se da solo por la cantidad de medios, sino también por su calidad y, principalmente, por su disposición en un sistema de fuerzas adecuado, por una articulación más apropiada que la del adversario y, finalmente, por un mejor uso del instrumento de acción”.<sup>13</sup> De acuerdo a ello, dislocar al enemigo es impedir que articule su maniobra y materialice sus previsiones, viéndose obligado a reaccionar en vez de tener margen para accionar, debido a la acción de un sistema de fuerzas que lo acosa y lo empuja hacia la pendiente del desequilibrio. Esta situación, indefectiblemente le impedirá contar con libertad de acción y, por tanto, con iniciativa estratégica, lo que invariablemente permitirá la maniobra o acción de su oponente.

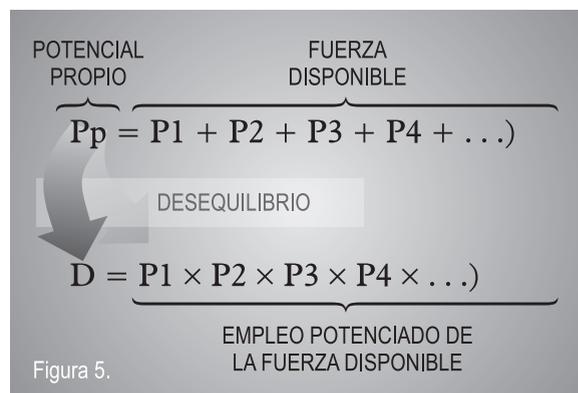
En ese sentido, el desequilibrio, como efecto de la dislocación, aumenta el margen de libertad de acción propio, tendiendo en definitiva, si es bien aprovechada, a obtener y/o mantener la iniciativa, la cual debería constituir, en efecto, el fin último del desequilibrio, a objeto de imponer la voluntad sobre el adversario. “La mencionada dislocación, en el ámbito psicológico, es el resultado de la impresión que sobre la mente del mando adversario ejercen los efectos físicos, combinación que jamás debe perderse de vista para perturbar al enemigo e impedirle materializar sus previsiones, ya que a través de ella sentirá la sensación de estar atrapado”.<sup>14</sup>

En rigor temporal, se estima que el desequilibrio se alcanza a partir del momento en que se inicia la dislocación del dispositivo adversario, cuando se produce la ruptura del nivel de potenciales imperante, siendo posible obtenerla antes del inicio de la maniobra o durante y producto de ella, dependiendo del momento en el cual se aplica la fuerza, producto de un plan concienzudamente elaborado. En ese ámbito, el General Beaufré asegura que “en la guerra militar, la batalla no representa más que un momento”<sup>15</sup> y Von Clausewitz explica que: “en esta batalla es preciso destruir su voluntad y posibilidad de combatir”,<sup>16</sup> entendiéndose por destrucción a la incapacidad de emplear sus fuerzas morales y físicas.

Pero ese momento no puede ser visto como un mero instante en el tiempo, sino que un lapso de él, el cual debe responder a una intención previamente preparada, es decir un efecto buscado desde un límite de tiempo inicial hasta uno final, tendiendo, eso sí, a que sea lo más reducido posible a fin de que el costo sea, a su vez, menor.

En ese contexto, sabiendo que el desequilibrio estratégico surge del enfrentamiento de la fuerza como potencia, al involucrar todos los medios materiales y morales, y que éste se produce como efecto del empleo de una gran variedad de métodos y medios sobre varios objetivos, dentro de un límite de tiempo previsto,

pareciera lógico pensar que todas aquellas acciones que coadyuven directamente a la maniobra estratégica se conciban en ese nivel. Al respecto, el General Bernardino Parada sostuvo hace más de 30 años que “lo que el conductor lleva al combate no es un mazo



único, sino un sistema de martillos armonizados para desarticular al sistema adversario y golpearlo en sus centros vitales en forma concurrente en tiempo y espacio”.<sup>17</sup> Asimismo, Clausewitz manifestaba que “en la guerra disponemos de un solo medio: el encuentro. Pero este medio, por la multiplicidad de los caminos en que puede ser empleado, nos conduce a esa diversidad de senderos que permite la multiplicidad de objetivos”.<sup>18</sup>

La búsqueda del desequilibrio debe efectuarse entonces de manera sucesiva, simultánea, rápida e incesante, sin circunscribirse solo a métodos clásicos sino que innovando al máximo procedimientos que se enmarquen en la concepción estratégica, tendiendo a crear las mejores condiciones para la batalla, a fin de que la decisión sea definitiva. Referido a esto último, los Toffler apuntan que “en el campo militar han habido dos grandes revoluciones<sup>19</sup> y la tercera, que ahora comienza, promete ser la más profunda de todas, porque los parámetros claves están llegando a su límite: la rapidez y la letalidad”.<sup>20</sup> En efecto, la importancia de la fuerza como potencia no está en lo que es en sí misma, sino que en su empleo.

De este modo, el efecto de la maniobra conserva toda su importancia en su más amplia acepción temporal y espacial, sin restringir su ámbito a concepciones excesivamente formales o a aspectos meramente numéricos. El General Parada avizora tal dimensión cuando afirma que “el General de la segunda mitad del siglo ha sido notificado. Si quiere vencer en la guerra del presente, tendrá que iniciarla con los medios y métodos del futuro, apenas arrancados a las insinuaciones de las guerras del pasado”.<sup>21</sup>

En suma, el límite de la innovación en las operaciones sólo estará dado por una concepción estratégica armónica

y el empleo de las fuerzas de acuerdo a sus capacidades, de ahí que el citado General indicara enfáticamente a sus alumnos de Estado Mayor en la década de los treinta: “os tengo dicho que el arte de la conducción da margen para crear superioridad donde numéricamente no existe”.<sup>22</sup> Esto nos indica que no podemos hablar

*fuertemente motivados. La desmasificación y mayor tecnificación en el empleo de la fuerza, así como el arduo trabajo en la preparación del soldado del futuro, la innovación e iniciativa en el empleo de las tropas, la reducción de escala en la magnitud de la fuerza, el empleo de organizaciones con adecuada autonomía, y la integración de sistemas*”<sup>26</sup>



sólo de cantidades, sino que su amplitud apunta a factores morales, espaciales y temporales, de pequeñas y grandes unidades y sus efectos, más aún si sabemos que el soldado de hoy ha sido reconceptualizado, ya no es un hombre que porta un fusil o una radio, sino que constituye un verdadero sistema.<sup>23</sup> A entender del General Julio Canessa Roberts,<sup>24</sup> la más pequeña de las unidades militares.

Hemos visto entonces que la fuerza como potencia posee dos dimensiones, una física y otra moral. En lo físico es cantidad de medios y en lo moral es calidad de ellos en sentido espacial y temporal. Ambas pueden ser analizadas separadamente, pero no así valorizadas, ya que adecuadamente conjugadas expresan la aptitud combativa de una organización militar, porque “*en la guerra, la actividad nunca es dirigida contra la materia; es dirigida también contra la fuerza mental y moral que le da vida, y es imposible separar una de la otra*”<sup>25</sup>

En ese contexto, el análisis de ambas dimensiones debe efectuarse con criterio futurista, ya que esa óptica constituye también un factor de potencia en sí mismo, cuando es bien estudiado y aplicado. Pareciera entonces que ningún estrategia logrará avance alguno a menos que perciba el verdadero impacto de las principales tendencias en el desarrollo de los acontecimientos y, en consecuencia, que sea capaz de explotar esas posibilidades. Alvin y Heidi Toffler enfatizan este aspecto al indicar en su decálogo de la guerra del futuro que “*ella se verá caracterizada por factores de destrucción basados en el conocimiento y explotación de valores intangibles como la iniciativa, inteligencia, las comunicaciones y soldados mejor entrenados y más*

tanto más será la necesidad de buscar el desequilibrio, mediante el empleo de procedimientos innovadores, sorpresivos y flexibles, utilizando unidades versátiles y de gran movilidad.

Ello podrá lograrse masivamente o coadyuvando a una fuerza de mayor importancia que buscará o aceptará la decisión. Esta segunda visión es la permite economizar fuerzas, aspecto de suyo importante en la estrategia. De igual manera, en cuanto a tiempo, mientras menor sea la potencialidad de una fuerza, más reducido será el lapso que tendrá para alcanzar sus objetivos, dadas sus limitaciones para mantener el esfuerzo de guerra. Ello, en definitiva, impondrá que, desde el inicio de las operaciones o antes de ellas, se empleen de manera coordinada el máximo de medios para disminuir prontamente el potencial enemigo.

Visto así, las formas de lograr el desequilibrio estratégico son variadas, aunque no infinitas. En su enfoque de la estrategia indirecta, Liddell Hart expresa que “*la estrategia no ha de vencer la resistencia, excepto la de la naturaleza. Su objetivo es reducirla explotando los elementos de movimiento y sorpresa, los cuales reaccionan recíprocamente. La sorpresa allana el camino del movimiento obstaculizando las contramedidas y contramovimientos*”.<sup>27</sup>

En tal sentido, la estructuración de una maniobra debe tener sentido dinámico y de concepción para buscar el desequilibrio o desarticulación del adversario, a través de la aplicación de la fuerza, el engaño, y fundamentalmente la sorpresa. Cabe recordar bajo es óptica, que en el nivel estratégico se entiende a una fuerza como destruida cuando desiste de su actitud hostil, cuando deja de oponerse a la propia voluntad,



Foto: Ejército de los EE.UU.

*El caos causado por los comunistas en Saigón durante la Ofensiva de Tet en 1968. (Recuadro) Refugiados tratan de escaparse de la ciudad de Hue y de las hostilidades durante Tet. Poco después, este puente fue destruido por las fuerzas del Viet Cong.*

haya o no sido aniquilada físicamente.

Como uno de los principios de la guerra, la sorpresa constituye entonces un imperativo ineludible, y ella debe darse en todo tiempo, lugar y circunstancia, ya que es la llave que abre la puerta de las limitaciones, restricciones y vulnerabilidades adversarias, para colocarlo en una situación para la cual no estaba preparado. Sus repercusiones serán tanto mayores cuando su concepción sea realista, agresiva, minuciosa y enmarcada en una maniobra. La historia es abundante en ejemplos al respecto.

En la guerra de Vietnam, como caso de estudio en la conducción de unidades, la mayoría de las confrontaciones estratégicas, en los ámbitos psicológico, político y militar, se realizaron fundamentalmente en las oportunidades y lugares que los comunistas eligieron, dadas las limitaciones políticas que siempre dificultaron y restringieron el accionar de las fuerzas estadounidenses. Lo mismo ocurrió en la Guerra de las Malvinas y en la Guerra del Golfo Pérsico. En la primera los británicos hicieron gala de una gran flexibilidad, especialmente durante el desembarco del Estrecho de San Carlos, y en la segunda, pocos advirtieron la maniobra de diversión que se desarrollaba en el flanco marítimo.

Asimismo, en Vietnam se destacó la sorpresa estratégica lograda en el TET, en 1968, la cual nunca fue igualada por los EE.UU. o Vietnam del Sur. En

*En Vietnam se destacó la sorpresa estratégica lograda en el TET, en 1968, la cual nunca fue igualada por los EE.UU. o Vietnam del Sur. En ella, los comunistas aprovecharon constantemente las vulnerabilidades norteamericanas derivadas de un contexto político-estratégico desfavorable.*

ella, los comunistas aprovecharon constantemente las vulnerabilidades norteamericanas derivadas de un contexto político-estratégico desfavorable. El resultado fue que una nación de noveno rango, agrupando con una finalidad común a campesinos motivados, superó hábilmente a la superpotencia más extraordinaria del mundo, por lo menos durante catorce años, logrando con ello un clásico éxito estratégico.<sup>28</sup>

El engaño es hacer actuar al adversario sobre premisas falsas, obligándolo a desviarse del curso de sus previsiones, a favor de crear condiciones para la aplicación de la fuerza contra aquellas partes más débiles de su dispositivo. Clausewitz explica que la estratagema “*presupone una intención oculta y, por lo tanto, es opuesta al trato recto, simple y directo, del mismo modo que la imaginación es opuesta a la evidencia recta. Quien emplee la estratagema deja que la persona a quien desea engañar cometa por sí misma los errores de inteligencia que, al fin, uniéndose en un efecto, cambian súbitamente la naturaleza de las cosas delante de sus ojos*”.<sup>29</sup> El desequilibrio, entonces, como producto de la dislocación, debe alcanzarse coadyuvado por dos acciones fundamentales, la intención oculta y la suma de

***Conviene destacar que hoy en día se dan dos fenómenos en el mundo que por sí solos dejan entrever un problema de mayúsculas consecuencias en un entorno de nuevas e impredecibles amenazas. Nos referimos a la asimetría del poder y a su más reciente ramificación: la paradoja de él.***

acciones para el efecto deseado, para lo cual sus límites están dados sólo por el objetivo que se pretende alcanzar y el resguardo de los propios intereses.

En cuanto a la aplicación de la fuerza, ella debe estar representada en dos dimensiones, una de carácter inicial que busque dañarlo y desarticularlo con acciones específicas sobre su sistema de mando y control, sus comunicaciones, personalidades, áreas vitales, etc., tendiendo a crear las condiciones para lograr la decisión definitiva mediante la segunda de estas dimensiones, la cual consiste en la aplicación de la fuerza sobre el corazón de su dispositivo. En ese ámbito, Liddell Hart aclara: “*aunque el objetivo sea una batalla decisiva, la meta de la estrategia debe ser librar esa batalla bajo las condiciones más ventajosas, y cuanto más ventajosas las condiciones, menor, proporcionalmente, será la lucha*”.<sup>30</sup>

### Reflexiones y preocupaciones

El desequilibrio estratégico es una relación funcional de potenciales inversa que se produce entre dos adversarios, mediante la ruptura de la situación imperante de fuerzas que se enfrentan, durante la cual se busca explotar el margen de libertad de acción disponible, con el fin de obtener y mantener la iniciativa estratégica, es decir, imponer la voluntad.

Dependiendo del objetivo, el escenario, la situación

del enemigo, el límite de tiempo y la potencia disponible, se podrá buscar incluso desde antes del inicio de las hostilidades, tendiendo a desarmar progresivamente al adversario, mediante acciones integradas, simultáneas, sucesivas y persistentes sobre sus limitaciones, restricciones y vulnerabilidades, hasta lograr la dislocación de sus medios, buscando así crear las mejores condiciones para la obtención de la decisión.

El desequilibrio así definido puede darse en dos dimensiones, una que busca crear las condiciones para la decisión, y eventualmente obtenerla de este modo, y una segunda que, con un carácter más convencional, se lleva a cabo mediante el empleo masivo de la fuerza, para lograr un desequilibrio definitivo sobre el corazón del poder enemigo, siendo esta la fase culminante de las operaciones a nivel de la conducción estratégica.

Respecto de esa primera dimensión, existen numerosos ejemplos clásicos que permiten comprobar lo explicado. De la II GM podemos citar, entre muchas, a la operación “*Claymore*”, efectuada por el *Special Boat Squadron* británico, en marzo de 1941, para destruir las factorías de aceite de pescado en las islas Lofoten y privar a los alemanes de glicerina para fabricar explosivos<sup>31</sup>, y la operación “*Chariot*”, llevada a cabo por estas mismas fuerzas en la costa Atlántica de Francia, para destruir el dique seco “*La Forme Escluse*”, a fin de negar refugio al acorazado “*Tirpiz*”, obligándolo a permanecer más allá de lo conveniente en alta mar, para buscar su destrucción.<sup>32</sup> En el T.O. del Mediterráneo la *Special Air Forces* - que inspiró la serie Comandos del Desierto en la década de los 70 - accionaron repetidamente contra los aeródromos de El Agheila, Tamet, Agedabia, Bengasi, Derna, Martuba, Barce y Creta, llegando a destruir más de 250 aviones de combate alemanes.<sup>33</sup> Por parte del eje, destaca la incursión realizada al mando del Capitán Otto Skorzeny para liberar a Mussolini en el “*Gran Sasso*”, en septiembre de 1943.<sup>34</sup>

Otro ejemplo fue la captura de un radar egipcio, de fabricación rusa, en diciembre de 1969, por parte de Comandos israelíes, lo cual les permitió conocer su funcionamiento y concebir contramedidas electrónicas para neutralizar la defensa aérea enemiga.<sup>35</sup> Asimismo, durante la Guerra de las Malvinas, Fuerzas Especiales Británicas atacaron la isla Pebble y destruyeron en tierra 11 aviones Pucará, lo cual facilitó el desembarco en el Estrecho de “*San Carlos*”, bajo condiciones más seguras.<sup>36</sup>

Pero más allá de lo clásico, de acuerdo a lo señalado inicialmente, resulta conveniente destacar que, en función de las nuevas amenazas emergentes, es hacia la primera de estas dimensiones donde transita hoy parte importante del empleo de las fuerzas, situación que quedó de manifiesto también en los atentados terroristas del 11 de septiembre y en Afganistán, con la acción inicial de las fuerzas aliadas para crear las condiciones que

posibiliten lograr una decisión sobre las tropas talibanes y la organización Al-Qaeda.

Por último, si bien sabemos que la decisión total sólo es posible de lograr mediante el empleo masivo de la fuerza, sin considerar el empleo de medios nucleares, como se mencionó al principio, resulta oportuno resaltar que Osama bin Laden produjo daños considerables sobre intereses esenciales norteamericanos en Nueva York y en Washington, logrando desequilibrar y asumir inicialmente la iniciativa estratégica. A pesar de que con ello no ha logrado la decisión antes aludida, ha infundido en el pueblo de ese país una notable sensación de temor y, recordando al General André Beaufré, ha buscado sumirlos en una *“dialéctica de voluntades fundada en un juego asimétrico que busca alcanzar su punto decisivo, mediante una preparación tendente a asustar, a paralizar y a sorprender”*, causándoles en cierto modo, como lo explicó Liddell Hart, *“la impresión de estar atrapados”* frente a la irracionalidad del fundamentalismo islámico.

En ese contexto, como lo explica Holsti, las manifestaciones simbólicas de la transformación de la guerra y las operaciones son hoy claras: en las *“guerras del tercer tipo”* no hay frentes, no hay campañas, no hay bases, no hay uniformes, no se despliegan honores de manera pública, no se tiene puntos de apoyo y no se tiene respeto por los límites territoriales de los Estados. No hay estrategia ni táctica prefijada. La innovación, la sorpresa y la impredecibilidad son necesidades y virtudes. Se actúa con astucia y el terrorismo recurre al crimen para poder reunir fondos y mantener los asesinatos, los atentados con bombas y las masacres. Los prisioneros son empleados como rehenes para obtener dividendos políticos y los incidentes están diseñados para provocar publicidad y no para derrotar la fuerza armada enemiga. El terror se emplea para aterrorizar al tímido, al *“colaborador”* y al indiferente. En el terrorismo se disuelve la distinción clara entre el Estado, las fuerzas armadas y la sociedad, distinción que es la característica fundamental de la guerra institucionalizada.<sup>37</sup> **MR**

---

## NOTAS

1. Alvin y Heidi Toffler, *“Las guerras del futuro”*, (Edit. Barcelona Plaza y Janés S.A., 1994), pág. 96.

2. Conviene hacer presente que este trabajo no aborda la problemática nuclear que en sí considera otros parámetros conceptuales.

3. Gabriel Guerrero, “El sistema internacional a comienzos del siglo XXI; seguridad y la cooperación en un sistema unipolar”, ponencia desarrollada en el Seminario “La Primera Guerra del Siglo XXI”, efectuado en la ACAGUE en septiembre de 2001.

4. Bruguera, *“Diccionario enciclopédico”*, (Edit. Lord Cochrane S.A., Santiago, Chile, 1984), pág. 393.

5. André Beaufré, *“Introducción a la estrategia”*, (Edit. Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1965), pág. 45.

6. *Op. cit.*, Bruguera, págs. 511 y 903.

7. *Op. cit.*, Beaufré, pág. 53.

8. Dada la creciente complejidad que reviste el empleo coordinado de las unidades, armas y sistemas de armas sobre uno o varios objetivos, se estima que el sistema de mando y control posee una trascendental importancia, ya que permite direccionar los esfuerzos físicos y morales en búsqueda del efecto deseado. A ello deben sumarse las particulares características que posee la guerra moderna en cuanto a la amplitud del escenario, velocidad e interdependencia de los acontecimientos.

9. Karl von Clausewitz, *“De la guerra”*, (Edit. LABOR/Punto Omega, Barcelona, España, 1984), pág. 36.

10. *Op. cit.*, Beaufré, pág. 45.

11. Se refiere a los Puestos de Mando.

12. *Op. cit.*, Toffler, pág. 103-107.

13. Bernardino Parada, *“Polemología básica”* (Edit. Andrés Bello, Santiago, Chile, 1968), pág. 77.

14. Liddell Hart, *“Estrategia: la aproximación indirecta”* (Edit. Ministerio de Defensa, Madrid, España, 1989), págs. 314-315.

15. *Op. cit.*, Beaufré, pág. 68.

16. *Op. cit.*, Von Clausewitz, pág. 269.

17. *Op. cit.*, Parada, pág. 103.

18. *Op. cit.*, Von Clausewitz, pág. 74.

19. Los Toffler señalan que los cambios económicos han dividido al mundo. La primera ola estuvo marcada por la disputa de la tierra, la segunda por la creación de la máquina a vapor y la tercera lo estará por la informática y el conocimiento. Enmarcados bajo el concepto de producción a escala, señalan sobre la tercera ola que, de manera creciente, unidades más pequeñas y mejor equipadas podrán provocar efectos de grandes repercusiones sobre el enemigo (“Las Guerras del Futuro”).

20. *Op. cit.*, Toffler, pág. 50.

21. *Op. cit.*, Parada, pág. 14.

22. *Ibid.*, pág. 86.

23. *Op. cit.*, Toffler, pág. 138.

24. Vicecomandante en Jefe del Ejército de Chile 1980-1984.

25. *Op. cit.*, Von Clausewitz, pág. 136.

26. *Op. cit.*, Toffler, págs. 104-120.

27. *Op. cit.*, Hart, pág. 311.

28. John Collins, *“La gran estrategia, principios y prácticas”*, (Edit. Círculo Militar del Ejército Argentino, B. Aires 1975), pág. 472.

29. *Op. cit.*, Von Clausewitz, págs. 239-240.

30. *Op. cit.*, Hart, pág. 312.

31. Peter Young, *“Comando”*, (Edit. San Martín, Madrid, España, 1975), págs. 17-34.

32. *Ibid.*, págs. 92-113.

33. Arthur Swinson, *“Incuriones”*, (Edit. San Martín, Madrid, España, 1971), págs. 54-65.

34. Burton Hood, *“La incursión al Gran Sasso”*, (Military Review XXXVIII, 1959), págs. 59-66.

35. Jaim Herzog, *“Las guerras árabes-israelíes”*, (Edit. La Semana Publicaciones Ltda., Jerusalén, Israel, 1987), pág. 252.

36. James Ladd, *“SAS. Operations”*, (Editorial Robert Hale, Londres, 1991), pág. 185.

37. Kalevi Holsti, *“The State, War, and the State of War”*, (Cambridge University, Reino Unido, 1995), pág. 36.

---

*El teniente coronel Julio Arellano Gramunt, Ejército de Chile, es Oficial de Estado Mayor y Profesor de Academia en Historia Militar y Estrategia y en Inteligencia. Es egresado del Programa de Magister en Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica de Chile (Estudios de Defensa). Actualmente se desempeña como analista e investigador del Centro de Estudios e Investigaciones Militares.*

*El teniente coronel Humberto Oviedo Arriagada, Ejército de Chile, es Oficial de Estado Mayor y Profesor de Academia en Historia Militar y Estrategia. Él recibió su Magister en Administración de Empresas de la Universidad Adolfo Ibáñez. Actualmente se desempeña como Jefe del Departamento de Educación de la Escuela Militar.*

